

Escampa, aborreciendo el mundo,
quedóse; su corazón, flor deshojada,
esparció semilla de virtud.

Y él escribió este relato que se
vende en el Convento para que en la
memoria pueda grabarse de la mo-
cedad.



GARET EN LA ENRAMADA



UMPREGNADO está el aire de exhalaciones húmedas y frescas como después de un chaparrón, pero ¡cuán perfumadas están hoy las frescas exhalaciones! El chaparrón fué de flor de retama. Ella alfombra las calles; y á las muchachas que por ellas discurren salpicó vestidos y cabelleras. Esta es la noche más alegre de Blanes, la última noche de las enramadas. Dulce y templado es el viento, sereno el cielo; junio donoso ríe entre las estrellas.

Pasa la gaita esparciendo en el pueblo un guirigay de armonías que alegra á los mozos y les arrebatá.

Las muchachas, al oírlo, no podrían permanecer ya más junto á la mesa, aunque se hallaren á mitad de la cena, aunque no hubieren experimentado á que sabe el famoso capón tradicional.—La gaita pasa. ¿No oíste?... Ya nos avisa, y he de componerme todavía. ¿Dónde puse la chalina? A ver, los pendientes. Madre, los hierros, aprisita. ¿Sienta bien el lazo? ¿Dónde están más sabrosas las flores, acá, ó junto al moño? ¡Qué pasa la gaita, qué está pasando!—¡Qué bulla, qué agitación! Los mozos devoran á toda prisa, apoyándose apenas en la silla, atento á la calle el oído, extraviados los ojos; devoran á toda prisa, y, no engullido aun el postrer bocado, desaparecen. El abuelo queda solo en la mesa, descalzando con las yermas encias los huesos del caparazón. De vez en cuando, después de dar un largo tiento al mosto, balancea tristemente la cabeza mirando el porrón, su fiel camarada, y exclama suspirando:—Esta es su vez. ¡Quién volviera á los gustos de la mocedad! ¡Huélguense á su sabor en los años floridos!—

La enramada del Auguer será la mejor del octavario; ogaño los pescadores quieren lucirse. Pancho Manxiula, el *americano nuevo*, el chico del viejo sardinero, contrató la orquesta para el baile de la noche. Arrincónese la gaita; suene si le place en la taberna para animar á los bebedores. La fiesta será tal que á todos suspenda.

El chico Garet, marinero simpático, de rostro delgado, morenillo, de ojos grises y vergonzoso en el mirar, sale á la puerta de su casa recién afeitado, luciendo un traje flamante de lana negra, calzando botas nuevas de becerro, cubierta la cabeza por una gorrilla de seda. El no vive en el barrio que celebra la fiesta. Su calle está sombría, pero los que en ella moran saben demasadamente donde hallarán regocijo y esplendores. Las comadres entremetidas llámanse de uno á otro portal y vanse reuniendo.

Pasa una banda de muchachotes cogidos del brazo; cantan una canción de amores más fúnebre que el *dies irae*; luego una legión de chiquillos coronados de retama ensorde-

ciendo con sus tambores y sus trompetas, preseas de la feria; luego una teoría de muchachas que chillan y rien sin motivo, con la mayor algazara posible para arrebatarse la atención de los mozos casaderos. Todo el mundo marcha al Auguer, y, al cabo, Garet se decide á seguir el torrente de la multitud. Pero entre el torrente de los alborozados, Garet avanza pensativo, macilento; bien sabe que va á la enramada, no va á gozar sino á atormentarse. Enamorado está de su prima, de Jacinta, hija de un palangrero, y no juzga ser correspondido, aunque es verdad que llevando tres años de suspirar por sus bonitos ojos, no se ha atrevido aun á declararse. Y de tamaña desgracia hay que echar la culpa á su ignorancia en el baile, que si él danzase no le faltáran ocasiones ni valor. ¡Ah! precisa un ardimiento sin igual para acercarse de golpe y porrazo á una muchacha, y mientras ella le penetra á uno con la mirada hasta el fondo del alma, decirla que la amáis. En cambio si uno con el brazo rodea su cintura, é inclina la cabeza á su oído en las volteretas de

un vals, entre las sonoridades y los murmullos, la cosa varía. Garet es de parecer de que en tal caso las palabras surgen en los labios sin dificultad, y se deslizan por sí solas. —Vaya, el que no entiende de danzas es un don nadie. Fuérale mejor que le arrojasen al mar con una piedra en la garganta.—

La calle donde mora Jacinta es precisamente el centro de la fiesta. En ella levantaron un toldo de velas de embarcación, un toldo que adorna una red multicolor de cadenucas de papel, entre las cuales penden luces de todas clases, arañas de cristal, velones, quinqués, candiles, faroles, candilejas... ¡la mar! Adornan el marco de ventanas y balcones las guirnaldas de esparraguera. Las barandas se convirtieron en ramilletes de flores. Desaparecen los muros tras una verde cortina de ramajes. Un viejo laud, atravesado á la entrada de la calle, es hoy tarima de los músicos, quienes en medio de antorchas encendidas, y tederos llameantes aparecen en dos hileras, como, allá en el altar, las ánimas del retablo en los días del novenario.

¡Qué gentío! ¡Qué de empujones! Saturan la atmósfera husmos de los más distintos linajes; olor de verdes hojas, vaho de aguardiente, aroma de polvos y esencias de tocador, estela de tagarninas, denso vapor de los alientos, antipática trascendencia de los sudores; mezcla que marea, neblina que fuera irrespirable si el airecillo nocturno no viniere de vez en cuando á disiparla, escurriéndose por todos los ámbitos. ¡Qué de gritos, qué de exclamaciones de maravilla y de contentamiento! Garet es el único que nada dice, ni siente interés alguno por las garambainas de la fiesta. ¿Qué le importa la batahola? Levantó la cabeza por encima de las cabezas del gentío, y fija la vista en el portal de la casa de su tío. Ensordecieron sus oídos, y no oye más que los latidos de su corazón. Allá, de pie en el tramo de la entrada, como el santo en su hornacina adornada de flores, está la incomparable Jacinta que resplandece más que luces y luceros.

Es una moza garrida, robusta, de mejillas floridas, labios encendidos, cuerpo donoso, pecho turgente y

caderas ondeantes; una muchacha en toda la lozanía y exhuberancia de los diez y ocho harto aprovechados. Con su cuerpo de muselina blanca y lazos colorados, su vestido al *acordeón*, y el *sagasta* insolente de su peinado eclipsa á las más ricas menestralas que lucen sedas y pedrería. Pero bah, ¿pueden darse joyas más brillantes que sus ojos castaños deslumbradores, pedrería más fina que sus pequeños dientes engarzados en las encías de coral que se divisan de arriba abajo cuando la risa próspera abre el estuche que los oculta? No; para Garet imposible fuera hallar una muchacha que pudiera comparársela aun remotamente. Solo ella posee el donaire que atrae sin cesar, la hermosura de que no se sacia nunca el corazón; la naturaleza la dotó de una gracia enloquecedora que se ejerce á distancia, cual dotó á la miel reciente y al dulce arroyo del poder de embelesar á los golosos. Pero Garet, al confirmarse en tales ideas no las formula con tanta claridad. Acostumbrado desde la infancia á las soledades del mar, su pensamiento des-

nudo de palabras alcanza las cosas intuitivamente, sin necesidad de registrarlas con vocablos ni de analizarlas; y siendo por naturaleza sensible y de inclinación meditabunda, no halla á menudo más forma expresiva que un suspiro ó una exclamación. Y esta penuria le acongoja. ¿Qué vá á decir á la Jacinta? ¿Cómo va á saludarla? Escudriña todos los rincones de su mente, y no encuentra lo que ansía; báñanle en tanto sudores de angustia, su valor desmaya á medida que se acerca á la deseada moza, y busca entre la multitud, sin darse cuenta, obstáculos que retarden su marcha.

—¡Atrás, atrás... Abrid plaza!—Va á romper la danza. El director de orquesta golpea con el arco la caja de su violin, y estalla inmediatamente una racha de música tonante que pesa sobre la multitud, despertando un huracán desencadenado. Ya giran los torbellinos del vals en las imaginaciones. ¿Pies, para qué os quiero? Brazos, ¡al avío! Faltó espacio para abrir plaza, y ya las parejas circulan imponiéndola con su remolino.

En día de enramada las muchachas gozan de la facultad de escoger é invitar á sus danzantes, y no gastan enojosos cumplidos como los hombres, ni les parece oportuno andarse con camándulas como usan ellos á menudo. La música las enardece en un santiamén; escogen en un santiamén la pareja que les conviene, y á danzar, que la noche es un soplo. En semejantes días no hay quien contraste su fuero. Danzan las solteras, las casadas, las mozas, las viejas; y si no queréis exponeros á que os acose alguna arpía sin clavo á que agarrarse, será forzoso que os peguéis á las paredes de la calle hasta desaparecer tras el ramaje que les adorna.

Tal hizo Garet, y no sufrió más contrariedad que la de recoger dos ó tres docenas de pisotones en sus pies, ya harto maltrechos por la opresión de los borceguíes novísimos de becerro. ¡Si al menos le hubiere pisado Jacinta! Si ella le hubiere hecho ver las estrellas, aun con verlas, el placer le arrobara. Mas no le cupo tan singular fortuna. Jacinta navega por otros mares, volteando levisima, ali-

gera; no parece sino que la onda musical la arrebate ahuecando sus faldas, iluminando su cara, y palpitando bajo sus chapines. No se le advierte la más ténue señal de cansancio. En cambio su compañero, un grandullón de ancha mandíbula, chato, cogotudo, peinado á lo gitano, palidece y alienta penosamente; se abren cuanto pueden, violáceas, las ventanas de su nariz; tuerce su boca el esfuerzo al retener un cigarrote baboso y apagado.—Una caballa que intenta seguir el vuelo de una gaviota—murmura Garet—encantado de hallar las palabras oportunas para expresar su idea.

Cuando, terminado el vals, Garet puede llegar á la casa de su tío, no encuentra allí más que al abuelo, el abuelo Pablo Pedro-Bueno, llamado así porque uno de sus antepasados se llamó Pedro y mereció el dictado de Bueno; y entre paréntesis, he aquí porque en aquel hogar todos los hombres son Pedro-Buenos, y las mujeres Pedro-Buenas.

Sentado está el abuelo en un sillón en el umbral de la puerta, entre los tiestos de lirios y marga-

ritas, traídos del jardín para embellecerla.

—Buenas noches, abuelo. ¿Dónde está el tío Juan?

—En el baile.

—¿Y la tía Tana?

—¿Dónde ha de estar? En el baile.

Garet toma una silla y se sienta allende el tiesto más abundante. Si él supiese danzar, de buena gana se pondría jactanciosamente en el trecho de más vívida luz para que Jacinta reparase en él. ¡Cuán engreído se levantaría entonces si ella le invitaba, y con que júbilo la abrazaría, llevándosela en triunfo, ostentándola calle arriba y calle abajo! Y que no andaría amedrentado, no; vaya si entonces hallaría las palabras que hieren derechamente el corazón. Mas ahora ¡qué remedio! le es fuerza encogerse en la sombra, y concomerse allegado al portal, bajo los butrones y las redes que cuelgan del techo olvidadas de todos, en compañía de un pobre viejo adormilado, ya rendido á medias á la muerte que le enfría la sangre en las venas. ¡Larga y angustiosa es la noche! ¡Interminable la

danza! Y Jacinta no pierde ningún baile, saltando sin tregua, revoloteando con obstinación; y sus saltos, sus alegres saltos caen dolorosamente sobre el alma de Gareth y la traquetean, y la exprimen y la destrozan. La música atolondra y exaspera al pobre muchacho; las luminarias parecen arder como en escarnio de su dolor, y con todo de nadie se queja ni aun mentalmente; ¡está tan avezado á sufrir en la lucha con el mar! De nadie se queja, sino de sí mismo.—Yo me tengo la culpa, por lo gagnápiro. Un gagnápiro como yo no merece una muchacha tan salada.—

De pronto, óyense gritos, chillidos, alboroto.

—¿Qué ocurre?

—¿Qué pasa?

—¡Callad!

—¡Huid!

—¡No hay qué espantarse!

No fué nada; un farolazo de papel se incendió, soltando un chorro de cera fundida sobre la nariz del *herreu* Pigot y los vestidos de algunas mozas. Por un momento se suspendió la danza, mas las parejas no se sepa-

raron; y apenas conocida la causa de la alarma, se soltó la risa consiguiente y volvieron todos al airoso balanceo de la americana.

La americana es el baile de las confidencias. Oyese doquiera un cucicheo prolongado, como el rumor del viento en una espesura de chopos. Las cabezas se aproximan, el movimiento languidece... Diríase que Jacinta va cerrando los ojos á medida que escucha lo que la dice al oído su pareja, Pancho Manxiula, el héroe del día, el irresistible *americano* que ha alquilado la orquesta, el comprador de una casa en el paseo de Mar.

Pancho Manxiula es alto y macilento; tiene los ojos negros, la cara enjuta de color de manzana asada al rescoldo, frondoso el bigote, las cejas matosisimas; es feo y sus cabellos tienden al gris, pero ¿qué muchacha no se derrite por él al verle con su gruesa cadena de reloj, los dedos cuajados de fulgurantes anillos, y el jipi-japa que le cuesta ventidós pesos oro? Gareth comprende que no es posible luchar contra semejante rival. Inclinna la cabeza desfallecido, y en lo

más profundo de su dolor se conmueve pensando que le toca guardar silencio, celar el secreto de su amor para no ensombrecer la ventura de su amada.—¡Poner estorbos á su dicha, jamás!—

Balanceándose continuamente pasan las parejas ante la entrada de la mansión de los Pedro-Buenos. Balanceándose continuamente pasan Jacinta y Pancho Manxiula. Pancho pide el clavel que ella luce en el pecho sobre un remolino de albos encajes rizados. Ella se lo niega inclinando repetidamente la cabecica. El insiste en su ruego y ella prorrumpe en una risa afectada, larga, ruidosa, una risa que pudiera transcribirse en la solfa por la brillante variedad de sus notas:

—¡Pues no faltaba más! Guardo el clavel para mi amado. Para él será sin remisión.

¡El amado de Jacinta! ¿Quién será? ¿Quién merecerá este nombre? ¿Son burlas ó veras?... Gareth querría ponerlo en claro; observa, espía sin cesar... Lo cierto es que los bailes se suceden y el clavel lozano no abandona su yacija de albos encajes

rizados. Y, al fin, comienza el último vals.

Los músicos, encaramados en lo alto del laud, después de libar copiosamente el vino añejo de un porrón que entre ellos circula de mano en mano, se aferran á sus instrumentos; y estalla el último baile, con imponderable brio. ¡Vaya una empresa gustosa! El *hereu* Garranyiga, chiquito, de cuerpo ruín y bullidor, con el violín hundido en la mejilla, tira del arco sin descanso, desesperadamente, con tan súbitos y prolongados sobresaltos que uno teme á cada instante que acabará por lisiar á su vecino. Pero éste no se dá cuenta del peligro; es Godoy, el estanquero; hombre dotado de una cabeza inconmensurable; Godoy, saboreando los primores de su clarinete cierra los párpados, levantando las cejas hasta la mitad de la frente y bajando las pestañas hasta la mitad de las mejillas. Pepe, el de casa Barba, echa los bofes para dar brillo á las notas de su flautín, por cuya superficie se escurren y saltan nerviosamente las yemas de sus dedos. Juan Matasuegras, derramando miradas

siniestras, prolonga y encoge el serpiente, el cual ora abriendo su fauce de dragón se arroja sobre la cabeza de los danzantes ensordeciéndoles con su estrépito, ora se retira gruñendo para adentro de su garganta como un can receloso. Pablo Sabata, enteramente de negro, lívida la faz, los mechones rodando por las mejillas, está de pie en la tarima, grave, sombrío, abrazado á su contrabajo con el hórrido semblante de quien echa un conjuro á un sepulcro; y arranca unas notas tan hondas, tan sísmicas, que parecen surgir de lo más profundo de la tierra. Lucas Moltó se encargó del cornetín. Toda su persona se hincha; el cuello se le pone purpúreo, las orejas moradas, se le oscurecen en la frente las venas sinuosas; allí viérais lo que es soplar, y merecer el jornal; y si el son agudísimo de su instrumento se casca alguna vez, y no alcanza jamás una absoluta pureza, en cambio nada deja que desear en cuanto á intenso. Todos los músicos, todos, luchan denodados, poniendo á contribución de bonísima gana todas sus energías en el último

vals de la postrera enramada. Mezclad el gorjeo de las aves, el mugir de los bueyes, el gruñido de los perros, el aullido del lobo y el ronco trueno; dad al conjunto armonía, airoso compás, haced que en él brille de vez en cuando la voz aguda y poderosa de un gallo de simiente, y tendréis una idea musical aproximada del vals memorable.

Enloquecen los bailarines. No quisieran que terminase en su vida tan soberbia apoteosis. Por dos veces los músicos le dieron fin, y los aplausos de la multitud exigieron la repetición. Y el vals prosigue hasta que Lucas Moltó, jadeante, arroja el cornetín sobre las tablas del laud y exclama con desesperado arranque:

—Se acabó el carbón. Ni amén diría al cura.

Cesa la orquesta, suena una gran risotada y las gentes empiezan á disgregarse.

—¡Dios mio!—murmura Garet levantándose de la silla.—Ahora podré hablar con Jacinta y le diré: Buenas noches, Jacinta... si... buenas noches, Jacinta... guapa... Pero la última palabra le ocasiona una emo-

ción y una vergüenza tales, que de sobras dan á entender que el muchacho no se atreverá á pronunciarla ante su amada. No hay más remedio, pues, que buscar otra, muy agradable, muy dulce, pero que no impresione tanto; si le vendía la emoción expondríase á un paso ridículo. Hallar una palabra es fuerza... sin duda... ¿pero cuál?

Mientras la busca, los vecinos descuelgan las iluminaciones del toledo; el abuelo Pablo Pedro-Bueno, apoyándose en el cayado, retirase poquito á poco á su estancia, y comparece Jacinta y sus padres.

—Adiós Garet—le dice su tía al reparar en él.—¿Qué fué de tí? ¿Qué tal la nohecita? Apostaré á que no te moviste de este rinconcito de terreno. ¡Vaya qué sí! ¡Si sabré yo lo que me digo! El angelito de Dios se estuvo acá muy arrimado porque las muchachas le asustan. Y eso, un hombronazo más alto que un palo de fragata. Vamos á ver, ¿para qué sazón guardarás las piernas? ¡Válgame Dios! Hoy bailaban todos; los americanos viejos con sus señoras, yo y tu tío, la vieja Xaramba, el

abuelo Ranco... todos, menos tú, un muchacho como unas perlas, en la flor de su edad, un muchacho que pudiera ser el príncipe de las diversiones. Qué, ¿vas para fraile? ¿A qué criar esta sangre helada de merluza?

Garet intenta responder varias veces, pero á cada paso le desconcierta el flujo verbal de su tía; y cuando al cabo cesa el flujo, las risas del tío Juan y Jacinta acaban de atarantar al pobre mozo que está cerquita de morir de vergüenza y no sabe á donde dirigir sus ojos compungidos. Ya no piensa en decir unas palabras á su prima, no sueña más que en deslizarse, en huir. Saluda con la diestra porque el nudo de angustia que le oprime el cuello no le permitiría articular una sílaba, y se encamina á la puerta. Mas Jacinta le detiene, cogiéndole por la muñeca:

—Oye, Garet, ¿adónde vas? Ayúdame un poco y arrinconamos los tuestos. ¿Quieres?

Garet y Jacinta quedan solos en la entrada, y acarrean adentro los tuestos que estorban en la puerta.

Alguna vez al soltar ambos su carga en un rincón tenebroso, sus cabellos se rozan. Una viva llamarada achicharra las sangres á Garet; le invade repentinamente un deseo ardentísimo de hablar, de declarar su amor, y tan vivo es el impulso, que llega á estremecer sus labios y su lengua; pero no dá con la palabra deseada, y el principio de ardimiento se exhala en suspiros acongojados.

Concluida la tarea, el mozo no sabe que decir, que hacer. Se enjuga el sudor con el pañuelo, se acerca al portal y se detiene en el tramo, no atreviéndose á despedirse de su prima ni á permanecer á su lado. Jacinta se acerca suave, suavísima; arranca á su pecho el clavel, y dice con una sonrisa que ilumina sus dientes y descubre sus encías de color de rosa:—Lo guardé para tí, Garet; ¿lo quíeres?—Garet, azorado, no acaba de comprender, y con los ojos de par en par, boquiabierto, permanece inmóvil frente á la muchacha. Ella repite con voz temblorosa y bajita como un suspiro.—Lo guardé para tí, Garet; ¿lo quíeres?

—¡Contra!—exclama el mozo, tomando el clavel.—Y ya no acierta á decir más. No halla otro vocablo para significar su sorpresa, su agradecimiento, su fortuna y su amor. Sintiendo la añudadura del llanto, besa el clavel y lo llena de un aljofar de lágrimas. Y en tanto Jacinta, volviendo la cara y mirándole con el rabillo del ojo, disimuladamente satisfecha, le dá las buenas noches, y cierra poquito á poco la puerta que chirría largamente...

¡Adiós, mis enramadas! Ya no queda en el toldo ni una luz, ya no arde ni una astilla en los tederos, casi todas las puertas se cerraron. La luna mira la calle, y sus rayos atraviesan las velas del toldo. Los músicos partieron; y el laud que utilizaron á guisa de tarima, limpio de cobertores y banderolas, muestra su negra quilla sus tablas algo más ó menos desvenecijadas. Un grupo bullicioso, última guerrilla del gozo nocturno va alejándose, y con él desaparece todo lo artificioso, todo lo grotesco; y la rústica naturaleza, amiga de la soledad, acércase á la calle, y por ella cunde, á medida que las pisadas y los mur-

mullos se extinguen. Cunde lentamente, derramando su aliento silvestre, sano; se apodera del silencio, y, sigilosamente, como si le acariciara, lo puebla de sus voces de ensueño; ruido confuso de la resaca, suspiros de la arboleda, vaga canción de las hierbas habitadas por un mundo de insectos, lejanas estrofas de ruiseñor que vela el nido de sus amores á la luz de la luna, rumores de vida, lenguaje inarticulado y sugestivo que habla de ocultos goces y de esperanzas indeterminadas.

¡Cómo armonizan estas voces con los sentimientos de Garet! Agitado por una esperanza tímida y virginal, permanece solo en la calle, junto á la puerta de su amada, contemplando el clavel que ella le dió. Este clavel no es en sus manos una flor parecida á las otras; es una varita mágica, el cetro de la felicidad, un nido de ilusiones que levantan el vuelo como silfos invisibles, esparciendo una brisa halagüeña y murmurando con voz melodiosa que penetra en el corazón sin pasar por los oídos: «Eres amado».

LA SORBEDORA